

Cuentan la historia de un tal Randolph Carter, y de una llave de plata con la que trató de abrir la jerarquía de puertas que impiden la marcha del hombre desde esta fantasía tridimensional, que llamamos realidad, hacia el mundo superespacial que llamamos ilusión.

Se dice que Randolph Carter, al encontrar esa llave de plata arcaica, empañada de negro azulado por edades de desuso, de modo que las runas crípticas con las que estaba grabada eran apenas legibles para cualquier ojo que pudiera haber leído sus prodigiosos signos, volvió a su hogar en Arkham; y que allí buscó lo que en los viejos tiempos se llamaba la Guarida de las Serpientes, una gruta profunda en un lugar ominosamente sombreado donde pocos nativos de la región se atrevían a ir, y mucho menos quedarse. Carter, desde ese día, no ha vuelto a ser visto; y se ha insinuado que logró su antiguo sueño de marchar hacia la Tierra de la Ilusión.

Allí termina la crónica, dejando un relato cuya exquisita belleza sólo se compara con su incompletitud. El erudito cronista, que con toda probabilidad se ha adentrado en los reinos del misterio y los abismos ultracósmicos más que cualquiera de sus contemporáneos, soltó solo lo que sabía y ocultó todo menos un indicio de lo que sospechaba. Sin embargo, han pasado cuatro años; y varios acontecimientos sorprendentes han dado lugar a una convicción bien fundada de que Randolph Carter no se ha perdido irremediablemente en los golfos que, después de sonar como una fantasía, finalmente sondeó en persona. El último de estos fragmentos de evidencia justifica una declaración, que tenderá a mostrar que la intuición del cronista era asombrosamente correcta y carecía solo de detalles.

Randolph Carter, debe recordarse, dejó en su automóvil, el día de su desaparición, un cofre de roble tallado. Se llevó consigo esa llave de plata antigua que abriría las puertas sucesivas que impedían su marcha libre por los poderosos corredores del espacio y el tiempo, hasta la misma Frontera que ningún hombre ha cruzado. Nómadas enloquecidos por la sed han vuelto para contar destellos de su portal monumental y de la Mano que está esculpida sobre la piedra angular del arco; pero ningún hombre ha pasado y regresado para decir que sus huellas en las arenas cubiertas de granates del interior dan testimonio de su visita. Carter, por tanto, se llevó consigo esa llave; pero, por ignorancia, dejó tras de sí el palimpsesto que se encontró en ese arcón de roble inquietantemente tallado, varios días después de que su desaparición hubiera suscitado comentarios y una vana búsqueda.

Ese pergamino amarillo, cuyos caracteres desconcertaron a los estudiosos familiarizados con los idiomas perdidos, cayó en manos del cronista que primero trató

de dar cuenta de la desaparición de Carter; pero a la luz de los acontecimientos posteriores, en particular un encuentro casual en Nueva Orleans en el verano de 1932, parece que Randolph Carter habría hecho bien en haber tomado pergamino además de llave. Tal era, al menos, la contención de un anciano que, inmóvil y silencioso, salvo por algún que otro murmullo y una ocasional reposición del olibanum cuyos vapores se elevaban de los trípodes de hierro extrañamente forjados que flanqueaban la alfombra.

Randolph Carter, con la llave plateada en el bolsillo, se abrió paso a lo largo de un camino familiar, aunque casi borrado, que hacía tiempo que no se usaba. Esa tarde, Carter observó que la hendidura en la ladera de granito se parecía extrañamente a los bastiones de forma tosca a cada lado de las puertas de una determinada ciudad amurallada. Pero este cambio, en lugar de molestar a Carter, sirvió para asegurarle que el día era auspicioso y la hora también. Y, lamentablemente, su exaltación por poseer la Llave conspiró con su erudita omisión para hacerle olvidar cualquier posible necesidad del pergamino. Si bien, en vista del destino que le sobrevino a quien con Carter, años antes, se había aventurado a leer un pergamino similar, puede ser que Carter considerara más prudente no tener esa portentosa regla con él en el extraño dominio que se proponía invadir, y así lo abandonó intencionalmente.

Mientras Carter se adentraba en la penumbra y sacaba del bolsillo la llave plateada y una linterna con la que iluminar la gruta, que sabía que estaba más allá de la estrecha fisura en la parte trasera de la antesala, consideró la cueva en la que se encontraba, y por un momento se asombró al descubrir que había mucha iluminación. Después de lo cual abandonó su linterna y, llave en mano, como ahora se dio cuenta de que debería ser su procedimiento, avanzó hacia lo que esperaba sería la gruta de techos altos que una vez, cuando era niño, había explorado.

Su expectativa, sin embargo, fue superada. Y durante varios momentos de desconcierto no se dio cuenta del anciano que lo había saludado cortésmente mientras entraba en la bóveda. Porque, por extraño que parezca, Carter había entrado en una gran cámara y no en una gruta. Un techo hemisférico se curvaba sobre él con un poderoso barrido que empequeñecía todas las comparaciones que hacía mientras buscaba reconciliar la inmensidad de la cúpula con la masa exterior de la colina que la contenía. Se preguntó cómo una parte podía superar al todo; y luego se dio cuenta de que esta prodigiosa bóveda podría no ser, ni tenía por qué ser, parte de la colina en cuyo centro presumiblemente se curvaba.

Los pilares ciclópeos que sostenían la bóveda hicieron que aún ignorara al anciano que se había acercado. Hubo una enormidad escarpada que perturbó a Carter, y le dejó con la impresión de que ni la naturaleza ni el cincel de ningún albañil habían trabajado la piedra en su solemne y majestuosa sencillez. Buscó por un momento nombrarse a sí mismo bajo la curva de la cúpula, que ahora percibía no era verdaderamente hemisférica como había pensado al principio, sino de una curvatura que trascendía no sólo las esferas, sino los elipsoides de revolución y los paraboloides que le eran

familiares.

Entonces, sobresaltado, Carter se dio cuenta de que no le había devuelto el cortés saludo del anciano y, algo desconcertado, quiso enmendar su falta de cortesía. Pero no podía pensar en un comentario o saludo adecuado. Como nunca lo había visto, ni a nadie que se pareciera ni remotamente a esa figura erguida con su cabeza orgullosamente serena y rasgos solemnes como de esfinge, obviamente no debía hacer ningún comentario banal. Parecía, después de un instante de reflexión, que lo más apropiado era encontrarse con esta persona cuyo majestuoso porte se veía aliviado por un centelleo en un par de ojos de apariencia más antigua que la misma bóveda. Además, Carter dudaba que supiera, o incluso pudiera nombrar un idioma en el que dirigirse a él. Y finalmente, Carter, mientras miraba, avergonzado y olvidándose de la Llave, sintió que estaba ante una Presencia.

—Te hemos estado esperando —dijo el sabio barbudo, en un idioma que Carter entendía—. Bienvenido, aunque con retraso. Tienes la Llave y las puertas esperan tu juicio...

Hizo una pausa por un instante, luego continuó, sintiendo con tacto que Carter no podía tener una respuesta apropiada:

—Si tienes el coraje.

Sus últimas palabras estuvieron desprovistas de amenaza, sin embargo, Carter tembló ante la implicación del discurso. El alma de Randolph Carter y la herencia de todos aquellos Carters visionarios antes que él sintieron más que entendieron el significado; y temblaron ante el riesgo de traspasar el umbral de que hablaba la Presencia.

—Soy 'Umr at-Tawil, su guía —dijo el anciano—. O al menos, para que me llames de algún modo, porque tengo muchos nombres.

Luego sonrió al notar la consternación ahora perceptible de Carter ante la mención de ese nombre que había leído en la escritura cúfica arcaica del Necronomicón prohibido, cuyas páginas impías se había atrevido una vez, y sólo una vez, a repasar.

Esta Presencia, entonces, era 'Umr at-Tawil, ese Terrible Anciano sobre quien el árabe loco Abdul Alhazred escribió vagamente:

«Y aunque hay quienes han tenido la temeridad de hacerlo, buscar vislumbres de más allá del Velo, y aceptarlo a ÉL como guía, sería más prudente evitar el comercio con ÉL; porque está escrito en el Libro de Thoth cuán tremendo es el precio de un solo vistazo; y nadie que pase podrá regresar, porque estarán firmemente atados por aquellos que acechan en las inmensidades que trascienden nuestro mundo. Los terrores de la noche y los males de la creación, y aquellos que vigilan la salida secreta,

y prosperan con lo que crece de sus inquilinos; estos son poderes menores que el que guarda el Portal, y se ofrece a guiar a los incautos al reino más allá de este mundo y todos sus Devoradores innombrables y sin nombre. Porque ÉL es 'UMR AT-TAWIL, que significa, EL MÁS ANTIGUO, que el escriba ha traducido como EL DE LA VIDA PROLONGADA.»

—De hecho, soy el más Antigo —dijo 'Umr at-Tawil—, y si tienes miedo, Randolph Carter, todavía puedes irte, sano y salvo. Pero, si eliges avanzar...

La pausa fue ominosa, pero la sonrisa del Anciano fue benigna. Carter se preguntó por un momento si las terribles y blasfemas insinuaciones del árabe loco y los extractos del perdido Libro de Thoth podrían no haber surgido de la envidia y la frustración del deseo de ensayar lo que Carter estaba a punto de lograr.

—Avanzaré —declaró Carter—. Y te acepto como mi guía, 'Umr at-Tawil.

La voz de Carter sonaba extrañamente en sus propios oídos mientras hablaba. Entonces se dio cuenta de que había respondido en ese lenguaje sonoro que todos, salvo tres oscuros eruditos, consideran muerto: Guezz, que es para el amárico como el latín para el inglés.

'Umr at-Tawil hizo un gesto de aceptación. Y luego hizo con su mano izquierda otra señal; pero ahora Carter estaba más allá de sentirse perturbado, a pesar de haber reconocido ese curioso movimiento y la inusual posición de los dedos. Randolph Carter sabía ahora que se estaba acercando a la entrada, que podía navegar en sus galeras por el río Oukranos, pasando las torres doradas de Thran, y marchar con sus caravanas de elefantes a través de las perfumadas selvas de Kled, donde palacios olvidados con columnas de marfil veteado duermen bajo la luna. Por lo tanto, eligió olvidar el peligro.

Pero antes de avanzar para seguir a su guía, miró hacia atrás y vio que la fisura por la que había entrado ya estaba cerrada, y que la prodigiosa bóveda estaba teñida de una bruma verdosa atravesada por rayos de azufre azul. Y, mientras seguía al más Antigo, percibió que la bóveda no estaba desierta como había pensado al principio. En la bruma que colgaba a lo largo de la pared curva notó un grupo de hombres barbudos que estaban sentados sobre prismas hexagonales de obsidiana. Y cuando se acercó lo suficiente para ver los detalles de las tallas de los tronos hexagonales, comenzó a darse cuenta de lo que había sentido por algunos momentos: que estaba en presencia de quienes no eran del todo hombres. Carter se preguntó cómo habían asumido la forma de hombres, pero estaba más allá del terror ahora. Una resolución desesperada lo enardeció.

—Si no hubiera aspirado a esta búsqueda —dijo, mientras sus pies se hundían en los granos de arena azul, metálica, del piso de la bóveda—, mi cuerpo habría vivido años

después de que mi alma pereciera. Por tanto, es bueno afrontar esta aventura, ¿para qué un hombre salva su alma si se pudre miserablemente en las cadenas clavadas por sacerdotes y médicos? Es mejor que un alma se pierda en esta gran empresa, solo para poder decir al final que nadie se perdió nunca antes de esta manera.

Vio que los que estaban sentados tenían barbas largas, recortadas y rizadas de una manera que no era del todo desconocida; y las altas mitras grises que llevaban sugerían extrañamente las figuras que un escultor olvidado había cincelado en los eternos acantilados de esa alta montaña de Tartaria. Recordó a quién servían y el precio de su servicio; sin embargo, Carter todavía estaba contento, porque en esta gran aventura lo aprendería todo. Y condenación no es más que una palabra difundida por aquellos cuya ceguera les lleva a condenar a quien ve claramente incluso con un ojo.

Cada uno tenía en la mano un cetro cuya cabeza tallada representaba un misterio arcaico, pero incluso entonces, Carter se alegraba de haber avanzado, aunque sabía más allá de toda duda quiénes eran y de dónde venían.

Carter se asombró de la colosal presunción de aquellos que balbucean sobre los malignos Antiguos; como si ELLOS pudieran hacer una pausa en sus sueños eternos para causar ira sobre la humanidad. Mientras miraba sus rostros, parecía que un dinosaurio también perseguiría con frenética venganza a un gusano angular.

Lo estaban saludando con un gesto de esos cetros extrañamente tallados. Luego alzaron la voz, hablando al unísono.

—Te saludamos, Más Antiguo, y a ti, Randolph Carter, porque tu temeridad te ha convertido en uno de nosotros.

Carter percibió que un trono prismático había sido reservado para él, y el Más Antiguo le hizo un gesto que indicaba que debía sentarse. Las brillantes arenas de un azul metálico crujieron bajo sus pies mientras caminaba hacia su trono. Y luego vio al Más Antiguo sentado en una eminencia similar, pero más elevada, en el centro de la media luna de los Antiguos.

'Umr at-Tawil se inclinó hacia delante y arrancó de su trono una cadena de metal iridiscente cuyo último eslabón estaba sujeto a un globo rodeado por una banda de plata. Extendió el brazo y sostuvo el dispositivo para que los otros lo miraran. Luego comenzó a cantar en esa lengua oscura y sonora en la que se había dirigido a Carter.

El canto estaba dirigido a los Antiguos en los tronos de obsidiana, en lugar de a Carter. Vio sus ojos brillar con una fosforescencia terrible, sobrenatural, espléndida, mientras contemplaban el globo que ardía, flameaba y latía al final de la cadena. Se balanceaban con la cadencia del canto; y uno a uno, levantaron la voz hasta que hubo

una armonía que surgió y retumbó a través de la bóveda como el redoble de los tambores y el estruendo de las trompetas. Halos de llamas verdosas jugaban sobre sus cabezas mientras asentían al ritmo del canto del Maestro, y rayos de luz salpicaban sus facciones.

Y luego, uno por uno, reanudaron su silencio, hasta que finalmente solo se escuchó la voz del Maestro. Carter percibió que los Antiguos estaban dormidos; y se preguntó qué estarían soñando en ese letargo del que los habían despertado para liberarlo. Entonces, por primera vez, Carter comenzó a comprender el sentido y las palabras que el Maestro estaba pronunciando a sus Compañeros.

Sabía que el Más Antiguo las había cantado en ese sueño desde cuya profundidad estaban contemplando inmensidades insondables. Sabía cómo iban a lograr lo que su presencia les había exigido. El Más Antiguo cantaba a sus oídos una imagen de lo que deseaba que imaginaran; y Carter sabía que cuando cada uno de los Antiguos imaginara el pensamiento que estaba prescribiendo 'Umr at-Tawil, habría una manifestación visible a sus ojos. Cuando hubieran alcanzado la unidad, el impacto de su concentración materializaría lo que él requería.

Carter había visto, en Indostán, cómo una concentración de pensamiento puede convertirse en una entidad con presencia tangible y existencia material, tomando sustancia de la voluntad proyectada de un círculo de adeptos. Y estos Antiguos estaban proyectando un vórtice por su voluntad.

La Llave de Plata estaba en su mano. Pero la pared en blanco a la que se enfrentaba seguía siendo de una firmeza inflexible. No quedaba ni rastro del ojo de la cerradura. Apenas se veía la línea que marcaba el encuentro de la puerta con su jamba.

El Más Antiguo había dejado de cantar. Por primera vez, Carter se dio cuenta de lo terrible que podía ser el silencio. El silencio anterior de la gruta había sido animado por el pulso de la tierra, esa vibración de tono bajo que, aunque inaudible, impide sin embargo una sensación de silencio absoluto. Pero ahora la propia respiración de Carter ya no era perceptible. El silencio del abismo flotaba como una presencia en la bóveda. Los ojos del Más Antiguo estaban ahora fijos en el globo que sostenía, y alrededor de su cabeza también brillaba un nimbo de fuego, verdoso, salpicado de destellos de azufre.

Un mareo se apoderó de Carter, un torbellino, una total falta de orientación como nunca había conocido en las tinieblas más impenetrables. Podía ver a los Antiguos a cada lado de su trono de obsidiana, pero había una sensación aterradora de aislamiento. Luego se sintió flotando a través de inconmensurables profundidades. Olas de calor perfumado lamieron su rostro como si nadara en un tórrido mar teñido de rosas. Parecía un mar de vinos cuyas olas rompían espumando contra orillas de fuego descarado. Un gran miedo se apoderó de Carter cuando vio esa vasta extensión

de mar embravecido rompiendo contra la costa lejana.

—El hombre de la verdad está más allá del Bien y del Mal —entonó una gran voz que llenó la bóveda—. El hombre de la verdad ha aprendido que la ilusión es la única realidad y que la sustancia es un impostor.

El contorno de la puerta ahora era muy claramente visible. Carter finalmente se dio cuenta de que la Llave era un símbolo que permitía abrir cualquier cerradura; porque ese mar borracho de rosas que lamía sus mejillas era la masa adamantina de la pared de granito cediendo ante el vórtice de pensamientos que los Antiguos habían dirigido contra él.

Su avance a través de esa prodigiosa masa de granito eterno fue una caída por los inconmensurables abismos entre las estrellas. Desde una gran distancia, escuchó las oleadas triunfantes y divinas de dulzura mortal. Luego, cuando esa tremenda fanfarria se apagó, escuchó el susurro de alas y extraños chirridos y murmullos. Miró por encima del hombro, vio lo que clamaba en la puerta; y se alegró de que su granito no tuviera cerradura y de que solo él tuviera la llave.

La mente desconcertada de Carter, mientras se recuperaba del horror momentáneo de aquellos que clamaban en vano a la puerta que no podían abrir, recibió una conmoción más asombrosa. De repente se dio cuenta de que en un tiempo había sido muchas personas.

El cuerpo y la mente de Randolph Carter, de Arkham, seguían asentados sobre ese bloque hexagonal de obsidiana con sus terribles esculturas que la mente de un hombre habría calificado de grotescamente obsceno. Y esto que él consideraba su ego, esa entidad a la que tanto le había complacido dejar atrás a los que clamaban en la puerta, aún no era suyo. Incluso como lo que estaba entronizado entre los Antiguos no lo era.

Randolph Carter sintió ahora un horror supremo como no se había insinuado ni siquiera en el apogeo de esa terrible noche en la que dos se habían aventurado a entrar en una tumba y solo uno había emergido. Ninguna muerte, ninguna condenación, ninguna angustia puede despertar la inmensa desesperación ante la pérdida de identidad. Fusionarse con la nada es un olvido pacífico; sino existir, ser consciente de la existencia y, sin embargo, saber que uno ya no retiene una identidad que servirá como distinción de cualquier otra entidad; saber que uno ya no tiene un yo.

Sabía que había existido un Randolph Carter de Arkham; pero en su terrible confusión, no sabía si había sido ese o algún otro Carter. En su terror, tuvo la salvaje e indignante sensación de ser al mismo tiempo una multiplicidad de Carters. Su yo había sido aniquilado y, sin embargo, él —si es que, en vista de esa absoluta nulidad de la existencia individual, podía haber algo como él— era consciente de ser, de alguna

manera inconcebible, una legión. Era como si su cuerpo se hubiera transformado repentinamente en una de esas efigies de muchos miembros y cabezas esculpidas en los templos indios.

Entonces, el terror devastador se volvió insignificante ante lo que enfrentaba y rodeaba la integración de la personalidad de la que Randolph Carter de Arkham se había convertido en infinitesimal. Era a la vez un SER, una fuerza, una plenitud ilimitada del espacio y una presencia personal; tampoco hubo ninguna incongruencia en esa combinación de conceptos hasta ahora no relacionados. Ante esa espantosa maravilla, el cuasi-Carter olvidó el horror de la individualidad destruida. La presencia espacial se dirigía al elemento de esa suma de Carters. Emanaba olas prodigiosas que golpeaban, quemaban y atronaban con una concentración de energía que atacaba a Carter con una violencia insoportable. Era como si soles, mundos y universos hubieran convergido en un punto cuya misma posición en el espacio habían conspirado para aniquilar con un impacto de furia irresistible.

—Randolph Carter —dijo ESO—, mis manifestaciones, los Antiguos, te han enviado como alguien que reinaría en el trono de ópalo de Ilek-Vad, cuyas fabulosas torres e innumerables cúpulas se elevan poderosamente hacia una única estrella roja y espeluznante que brilla en ese firmamento extraño cuya bóveda alberga el reino de la Ilusión. Pero será de otra manera. El misterio último está a punto de ser develado, en lugar de cualquier trono que no sea más que la transfiguración de una fantasía terrenal y el refugio de quien no se complace con lo que considera realidad. Sin embargo, antes de contemplar el último y el primero de los secretos, puedes, como antes, ejercer tu libre elección y regresar al otro lado de la Frontera sin que te quiten el último velo de los ojos.

Luego, las oleadas de energía supercósmica disminuyeron. Hubo una negación de vibración que dejó a Carter en una terrible quietud y soledad. Estaba en una inmensidad ilimitada y en un vacío. Y después de un momento, Carter se dirigió al vacío:

—Acepto y no me retiraré.

Entonces la Presencia Espacial regresó y Carter entendió lo que decía.

—Tú, Randolph Carter, has atravesado los abismos más profundos de horror, y has sondeado el abismo más profundo del espacio. Por lo tanto, te iluminaremos.

»Has venido de un mundo en el que cada entidad tiene un yo, una individualidad, una personalidad; y donde todo está limitado por tres direcciones, arriba-abajo, adelante-atrás, derecha-izquierda. Algunos de sus eruditos han insinuado vagamente que puede haber otras direcciones que las que reconocen sus sentidos. Pero nadie ha traspasado los velos y ha visto lo que tú has visto.

»En tu cosmos tridimensional de largo, ancho y grosor, has creado dioses con furia tridimensional, odio, venganza, vanidad y ansias de adulación. Tus deidades se han degradado a sí mismas ansiando sacrificios y forzando la creencia de aquello que es repugnante para la parte de ti que ha conservado su contacto con el reino en el que solo tú has penetrado. La adoración principal en su mundo de tres direcciones es la de una trinidad cuyos antropófagos antojos son saciados por su comida simbólica del cuerpo de un dios que también era un hombre.

»Sois una raza de idólatras que han hecho de Dios a su propia imagen. Has negado tu herencia.

Por un momento, Carter se asombró de las implicaciones de lo que había oído; y luego percibió lo que hasta entonces, en su terror y asombro, no había notado: que se encontraba en un espacio de dimensiones más allá de las concebibles para los sentidos humanos. Ahora vio en las inquietantes sombras de lo que había sido primero un vórtice de poder, y luego un vacío ilimitado, un barrido de la creación que lo aturdió. Desde su posición ventajosa, contempló formas prodigiosas cuyas dimensiones trascendían las tres que limitaban esa forma lejana que él sabía que todavía estaba sentada inmóvil sobre un prisma hexagonal de basalto. Sin embargo, aunque lejos, también tenía su contraparte en este superespacio cuyas desalentadoras direcciones lo desconcertaron. Entonces la voz se elevó y lo ayudó a buscar a tientas esa iluminación que se filtraba en su ser y lo reconciliaba con la personalidad multitudinaria de la que era un elemento infinitesimal.

—En tu mundo tienes una forma espacial que es un cuadrado. Y sus geómetras han explicado que esta forma no es más que el resultado de cortar un cubo con un plano. Y eso que ustedes llaman círculo no es más que el resultado de pasar un plano a través de una esfera. De modo que cada figura plana de largo y ancho que conoces no es más que la proyección de una forma tridimensional.

»Sin embargo, así como un círculo es una sección de una esfera, así también una esfera es una sección de una forma superior de la cual tus sentidos no pueden tener visión. Y así tu mundo con sus hombres y dioses tridimensionales no es sino la sección transversal de este superespacio. Una proyección, y una sombra, nada más, de la Realidad. Y esta sombra que tienes, salvo tú mismo, consideró la realidad y la sustancia a la que has llamado ilusión.

»Perversamente, en tu mundo has afirmado que el Tiempo es fugaz. Consideras que el tiempo posee movimiento y es la causa del cambio. Pero eso es equivocado: el tiempo es inmóvil y literalmente sin principio ni fin. Más verdaderamente, el tiempo es una ilusión, y no existe, en el sentido de que existe un así llamado vuelo del tiempo que produce la fantasía y los engaños que nombras futuro, pasado y presente. ¡No hay futuro ni pasado ni presente!

Esas últimas palabras fueron dichas con una solemnidad que dejó a Carter sin capacidad para dudar. Creía, pero no podía, ni siquiera en la multitud de sus personalidades, concebir lo que se le había presentado.

—Entonces, si no es el Tiempo, dado que no hay Tiempo, ¿qué es lo que causa el cambio? —preguntó finalmente, desconcertado por la paradoja.

—No hay cambio. Todo lo que fue y todo lo que será tiene una existencia simultánea. El cambio es una ilusión que ha engendrado otra ilusión. No habría tiempo en tu mundo si no fuera por eso que llamas cambio.

Cuando la voz se detuvo, Carter reflexionó y vio que podía aceptar esa última declaración. Obviamente, si nada cambiara, entonces no habría sentido terrenal del tiempo. El tiempo estaba marcado en su vuelo por el curso de las estrellas, por el movimiento de las manecillas de un reloj; y si ni esto ni ninguna otra cosa cambia, seguramente no habría tiempo.

—¡Pero sí cambian! —protestó—. Y por lo tanto debe haber tiempo. Mi cabello es gris y mi piel está arrugada, he cambiado. Y mi alma está cansada de recordar lo que fue una vez, pero ya no es. Estoy devorado por el dolor que vino de las amistades que murieron, y me regocijo, a veces, por el recuerdo de aquellos cuya presencia espiritual ha sobrevivido al cambio en sus cuerpos. ¡Hay un cambio, y me ha marcado a mí ya todos los hombres! Entonces, ¿todo eso es ilusión? —preguntó Carter, mientras una tremenda desesperación lo corroía.

—No hay cambio —pronunció la voz con una solemne majestad. —Mire usted, Carter, y vea que su universo no es más que la proyección de un cosmos de dimensiones superiores. Y considere, en sus propios términos limitados, la forma que llama cono. Tus geómetras lo cortaron con un plano. La sección es un círculo. Lo cortan con un plano que pasa en un ángulo diferente, y la sección es una elipse. Y nuevamente, es una parábola cuyas ramas se extienden hasta los límites más extremos de su espacio. Y, sin embargo, es el mismo cono y no ha habido ningún cambio. Lo has cortado en un ángulo diferente. No tienes al final ni más ni menos que al principio; y así las elipses, las parábolas y las hipérbolas son ilusiones que llamas cambio, olvidando que su forma madre es una figura espacial inalterable.

»Tu mundo no es más que una sección del superespacio —repitió la Presencia Espacial, mientras la iluminación se hundía en Carter—. Y el tiempo y el cambio no son más que las ilusiones causadas en esa existencia fantasma tuya, debido al ángulo cambiante del plano que corta el mundo de la realidad.

—¡Entonces hay un cambio! —gritó Carter triunfalmente, al ver que por fin había forzado a la Presencia Espacial a una contradicción—. ¡El ángulo de corte cambia!

Luego, ante la sonrisa divina e indulgente de la Presencia, Carter se sintió muy pequeño e infantil, y su triunfo aún más tonto, al escuchar la respuesta.

—Si todavía debes dividir los pelos a la manera humana, Randolph Carter —dijo la voz—, te concederemos tu punto y no te recordaremos que ese ángulo y ese plano son de este mundo y no del tuyo. ¡Y es extraño —continuó la voz—, que un miembro de una raza lo suficientemente crédula como para creer que un Dios ordenó la matanza de su otro yo, como una lección objetiva de gentileza, pudiera objetar un ángulo!

El monstruoso espacio multidimensional se estremeció con una risa como la que Carter había atribuido en sus imaginaciones terrenales al júbilo de los dioses jóvenes mientras retozaban infantilmente, descartando mundos de los que se habían cansado. Sin embargo, había una nota inquietante de solemnidad detrás de ese regocijo que hacía que la broma fuera más antigua que el tiempo mismo, y mordaz con una tristeza teñida de... pesar, Carter finalmente se dio cuenta. Lamentó su monumental estupidez.

Entonces Carter comenzó a percibir, vaga y aterradoramente, el trasfondo del enigma de esa pérdida de individualidad que al principio lo había sacudido. Su intuición integró los fragmentos de verdad que la Presencia Espacial había vertido sobre él. Y, sin embargo, no pudo ver el resumen.

—Hubo una vez un yo —dijo finalmente—, e incluso eso ha sido destruido por esta negación del tiempo y el cambio. Y si no hay pasado ni futuro, entonces, ¿qué pasa con todos esos Carters antes que yo, todos los cuales siento que soy, y sin embargo no soy...

Cuando propuso la pregunta, su voz se convirtió en una tenue nada; porque aún no podía expresar lo que lo asombraba y lo desconcertaba. No se atrevía a enfrentarse a la certeza, como le parecía ahora, de que nunca hubo un Carter que luchara ante los muros de Ascalón, un Carter aficionado a la magia negra en los días de la reina Isabel, un Carter desvanecido cerca de la guarida de las serpientes, y uno cuyos estudios prohibidos lo hubieran llevado peligrosamente cerca del cadalso. Éstos habían sido su herencia y el baluarte de su ego; e incluso ellos habían sido destruidos por esta Presencia despiadada que no había perdonado ni a Dios, ni al Tiempo, ni al Cambio.

—Todos esos Carter —respondió la voz a su pregunta—, son un Carter en este dominio ultraespacial; y este Carter multivariante es eterno como nosotros lo somos. Y aquellos que consideraste antepasados no son más que secciones transversales en tres espacios direccionales de ese de nuestros Compañeros que son todos Carters en uno. Usted es sólo una proyección. Un plano de sección diferente, por así decirlo, es responsable de su manifestación, la causa de ese antepasado que desapareció de manera tan extraña. Escuche de nuevo, Randolph Carter de Arkham: usted que ha estado tan terriblemente desconcertado por la destrucción de su ego, no es más que una de las secciones, así

como cualquier elipse es una de las infinitas de secciones de un cono.

Carter reflexionó en el poderoso silencio que siguió a esa declaración; y poco a poco, sus implicaciones se hicieron explícitas. Y sabía que si lo hubiera entendido bien, en su mismo cuerpo podría hacer lo que antes había hecho, pero en sueños.

Intentó poner a prueba su comprensión poniéndola en palabras.

Entonces, si mi plano de sección se desliza en su ángulo, ¿puedo convertirme en cualquiera de esos Carter que han existido? ¿Ese Carter, por ejemplo, que estuvo preso once años en la fortaleza de Alamut, en el mar Caspio, en manos de aquel que afirmaba falsamente ser el Guardián de las Llaves? ¿Ese Geoffrey Carter, que por fin escapó de su celda y con sus propias manos estranguló a ese falso maestro y le quitó la llave de plata que aún ahora tengo en mis manos?

—Ese, o cualquier otro Carter —pronunció la Presencia—. Eres todos ellos, pero eso ya lo sabes. Y si esa es tu elección, la tendrás, aquí y ahora...

Luego vino un zumbido y un tamborileo que se convirtió en un tremendo trueno. Una vez más, Carter se sintió como el punto focal de una intensa concentración de energía que golpeaba, martillaba y quemaba insoportablemente, hasta que no pudo decir si era un calor increíblemente intenso o el frío que todo congelaba del abismo. Bandas y rayos de color completamente ajenos a cualquier espectro de este mundo jugaban, tejían y se entrelazaban ante él; y estaba consciente de una espantosa velocidad de movimiento...

Vio fugazmente a alguien que estaba sentado solo en un trono hexagonal de basalto.

Entonces se dio cuenta de que estaba sentado entre las ruinas derruidas de una fortaleza que una vez había coronado esta montaña que dominaba el extremo más meridional del sombrío mar Caspio.

Geoffrey Carter, extrañamente, conservaba algunos recuerdos vestigiales de ese Randolph Carter que aparecería unos 550 años después. Y no era del todo indignante para él, la idea de recordar a alguien que no existiría hasta cinco siglos después de que el señor Timur despedazara el castillo de Alamut, piedra por piedra, y matara a espada a cada una de sus guarniciones de forajidos.

Carter sonrió levemente ante la falibilidad humana. Ahora sabía por qué ese castillo de Alamut estaba en ruinas. Se dio cuenta, demasiado tarde, del error que Randolph Carter había cometido, ¿o que cometería?; al haber exigido un cambio del plano de Carter sin un desplazamiento correspondiente del plano terrestre, de modo que Geoffrey-Randolph Carter pudiera hacer lo que una vez no había logrado: viajar en el tren de ese inquietante y sombrío Timur, que había destruido terriblemente a Alamut y

lo había liberado.

Geoffrey Carter recordaba lo suficiente de Randolph Carter como para que su posición anómala no fuera del todo insoportable. Tenía todos los recuerdos que Randolph Carter iba a tener dentro de cinco siglos; y lo más extravagante de la paradoja era que él, Geoffrey Carter, estaba vivo, en un mundo quinientos años más antiguo de lo que debería ser. Se sentó sobre un enorme bloque de mampostería y reflexionó. Por fin se levantó y salió a pie con las manos vacías.

—Esto —dijo uno de las reuniones en cierta casa en Nueva Orleans—, es plausible hasta cierto punto, a pesar de la confusión terriblemente incomprensible del tiempo, el espacio y la personalidad, y la reducción blasfema de Dios a una fórmula matemática, y el tiempo a una expresión fantasiosa, y el cambio a un engaño, y toda la realidad a la nada de un plano geométrico totalmente falto de sustancia. Pero aún no resuelve el asunto de la herencia de Randolph Carter, que sus herederos claman por dividir.

El anciano que estaba sentado con las piernas cruzadas sobre la alfombra de Bokhara murmuró y hurgó distraídamente en el lecho de carbón casi muerto que había brillado en el cuenco de los trípodes de hierro forjado.

Y luego habló:

—Randolph Carter logró adentrarse en el enigma del tiempo y el espacio, hasta cierto punto, pero su éxito habría sido mayor si se hubiera llevado no solo la llave de plata, sino también el pergamino. Porque si hubiera pronunciado sus frases, el plano terrestre se habría desplazado con el plano de Carter, y habría logrado el deseo inalcanzable del Geoffrey Carter en el que se convirtió, en lugar de regresar a la sección del mundo 550 años después.

Luego dijo otro:

—Todo es plausible, aunque fantástico. Sin embargo, a menos que Randolph Carter regrese de su trono hexagonal, su patrimonio debe dividirse entre sus herederos.

El anciano que estaba sentado con las piernas cruzadas miró hacia arriba; sus ojos brillaron y sonrió de manera extraña.

—Podría resolver la disputa muy fácilmente —dijo—, pero nadie me creería.

Hizo una pausa, se acarició la barbilla por un momento y luego continuó:

—Si bien soy Randolph Carter, el que regresó de las ruinas de Alamut, también soy Geoffrey Carter. Y así, aunque lo que me corresponde es la propiedad de dos Carter, mi porción, lamentablemente, no es ninguna de las dos.

Lo miramos fijamente, y luego el erudito cronista, que lo miró por más tiempo, dijo medio en voz alta, medio para sí mismo:

—Y pensé que un nuevo rey reinaba, en Ulthar, más allá del río Skai, en el trono de ópalo de Ilek-Vad.